

## ELEMENTOS TEMPORALES Y VISIONARIOS EN LA POESÍA DE CARLOS BOUSOÑO

M<sup>a</sup> Francisca FRANCO  
Universidad de Murcia

Carlos Bousoño. Poeta y crítico, suele conocerse más en los ámbitos universitarios por su faceta teórica que por la creativa.

Se le suele encuadrar (nacido en 1923) con los poetas de la primera década de posguerra (años 40) y, consecuentemente, encajarle en una de las clasificaciones al uso: poesía religiosa, poesía social, poesía existencial... Evidentemente (aunque en sus comienzos tiene obras de carácter religioso (*Subida al amor, Primavera de la muerte, etc.*), lo cierto es que, en conjunto, sus producciones iniciales pueden calificarse más bien de existenciales.

Pero si eso es así en esas obras primeras, no lo es en las subsiguientes. La poesía de Bousoño se va haciendo cada vez más densa, profunda, filosófica, irracional. Parece un contrasentido hablar de razonamientos filosóficos y de irracionalidad, y de hecho eso es lo que encontramos: un contrasentido, un absurdo, una paradoja. Pero esa es la forma que el poeta tiene de reflejar el sinsentido de la realidad en la que todos, de alguna manera estamos inmersos. De ese modo tenemos que el mundo, la realidad (sobre todo la segunda mitad del siglo XX) no es ordenada, fija, segura. Todo es cambiante, el mundo avanza a velocidades de vértigo, pero, frente a ello, la sociedad es cada vez más insolidaria, más deshumanizada. Se da el absurdo del mucho correr, del mucho caminar hacia alguna meta para, una vez que la alcanzamos, ver que estamos en el mismo lugar, muy cerca del cero semántico, de la muerte. Esta misma idea (más bien *leit motiv*), la va a abordar el escritor de muchas maneras. Así, por ejemplo, en su segunda obra, *Oda en la ceniza*, ya desde el propio título está aludiendo a la muerte. La vida, nuestros quehaceres, el esplendor juvenil, el canto, la oda tiene su complemento y su fin en la ceniza. Más rebuscada es la idea que subyace en su siguiente publicación: «Las monedas contra la losa» donde el tiempo adopta la forma de un «malhechor» que nos acecha para robarnos las monedas de nuestro vivir, o de un «avaro» que contanse y sonase una a una las monedas de nuestro vivir, incensantemente, y de ese modo, las desgastase.

Para evidenciar la idea, muy repetida, del mucho correr para nada, recurre el poeta a las superposiciones temporales, así por ejemplo en su poema «Desde todos los puntos y recodos y largas avenidas de mi existir» nos dice:

¿Quién miró, tras esto, marchar en busca de algo, yo no sé, de un raro pormenor,  
de un pórvido, un matiz,  
un color, un olor de una flor,  
y está llegando al fin  
a lograrlo  
como un pie que posase  
hacia delante  
mas en camino que retrocediese?  
Siempre llegando a algún lugar, y sin llegar jamás como yo mismo ahora

Con lo que Bousoño quiere resaltar que nuestros afanes, nuestras ambiciones no sirven para nada; Creemos que avanzamos, ilusoriamente, y estamos llegando al fin de nuestra vida, estamos gastando el tiempo en aparentes metas importantes y, paradójicamente, estamos perdiendo lo único que realmente importa: nuestro tiempo, nuestra vida. Recurre el poeta a la paradoja, al procedimiento de inversión, para destacar el cúmulo de absurdos en que el ser humano incurre.

Es el tiempo, el marco temporal, el que realmente dicta las normas. Para reflejar la celeridad con que «gastamos» nuestro tiempo, recurre nuestro autor a las superposiciones temporales. Así por ejemplo en el citado poemas leemos:

Al poner *ahora* la mano sobre el papel, me doy cuenta  
de que yo no soy sólo ese hombre que medita y tacha acaso una palabra, y la  
vuelve trabajosamente a escribir,  
sino también el niño que *ahora mismo*, en la norteña tarde de agosto,  
corre pálidamente, infatigable corre  
veloz, por el mismo sendero, sin moverse, incansable, hacia el mismo lugar  
que le espera

Es decir, «ahora» soy el hombre, el poeta (tema metapoético, autobiográfico) que está intentando componer un verso, y «ahora mismo», todavía, soy también el niño que corre hacia el río. Encontramos por tanto, una superposición de pasado sobre presente: estamos haciendo coincidir (que no yuxtaponer) en un mismo punto (presente, el tiempo pasado y el presente.

Otro recurso al que recurre mucho Bousoño es el desplazamiento calificativo, muchas veces con valor simbólico. Así veíamos que el niño corría «pálidamente». La palidez va unida a la muerte futura, pero, como el niño, mientras juega ya está «gastando» su tiempo, de alguna manera, la muerte futura ya está empezando su labor. Esta idea, menos estéticamente expuesta, la hallamos en sus primeras obras donde alude a que la muerte está realizando, incansable, su labor en los huesos. Y, dicho sea de paso, es una idea que, como siempre de modo muy tangencial, «suenan a» ciertos poemas alexandrinos de *Historia del corazón*, una obra de Vicente Aleixandre con la que intentó conectar con la estética e inquietudes de la poesía de esos nuevos tiempos de posguerra<sup>1</sup>.

El río «dulce» al que el niño corre no es un río cualquiera, sino que es el tan reiterado en la poesía de posguerra, «río manriqueño», lugar común de Bousoño, Hierro, etc. Ciertamente siempre el tiempo ha sido un tema recurrente en todos los poetas de todas las épocas, pero, en

1 Aunque Vicente Aleixandre se incluye en la Generación del 27, sabido es el papel de guía que ejerció sobre los nuevos poetas que iban surgiendo. Especialmente estrecha es su relación con Carlos Bousoño. No es extraño que, inevitablemente, ciertos «ecos» del maestro resuenen en la poesía del discípulo.

el siglo XX, y, particularmente en la posguerra, ese sentimiento de fugacidad, de insignificancia, se acentúa, por razones obvias. El adjetivo «dulce» o el adverbio «suavemente», se repite mucho en nuestro autor. El tiempo fluye: dulcemente, suavemente, engañosamente, podríamos añadir y, casi sin darnos cuenta, imperceptiblemente, ya ha transcurrido el que nos correspondía. Esta idea la encontramos en un poema algo complicado de analizar, que parece<sup>2</sup> corresponder a su primera etapa, titulado «Amada lejanía» (en ocasiones «Amada lejana») cuyo subtítulo es «juego de naipes». Comienza así:

Hablas con alguien. *Dulce* suena un río.  
 por la cañada en sombra el aire pasa.  
 .....  
 hablas con alguien. Mueves ya tu mano.  
 el aire mueves: la distancia queda.  
 No puedes verme. Solo el aire vano,  
 el aire gris, la noche gris y queda.

Como sucede, reiteradamente, en la poesía de Carlos Bousoño, los ecos de Aleixandre son evidentes, pero muy sutiles, apenas perceptibles si no son autores muy frecuentados por el lector. Aquí el significado del «dulce sonido» del río manriqueño como marco de fondo es evidente. Esa misma idea de que, dulcemente, suavemente, casi sin darnos cuenta nuestra vida ha llegado a su fin, la encontramos en muchos poemas de la mencionada obra aleixandrina: *Historia del corazón*. Por poner sólo un ejemplo, en la parte final de la obra, significativamente titulada «Los términos» encontramos una simbólica pareja humana que, bien recorre un desierto, a asciende una montaña (simbolizadores de la dificultad del vivir humano) y que, a pesar de los inconvenientes, de las dificultades del ascenso, ya ha llegado a la meta:

Y todo ha sido subir lentamente ascender, lentísimamente alcanzar,  
*casi sin darnos cuenta*.  
 Y aquí estamos, en lo alto de la montaña, con cabellos blancos y puros como la nieve.  
 Todo es serenidad en la *cumbre*.

Recorre Aleixandre también mucho a la paradoja como un buen recurso para resumir la idea de que la vida, aunque a veces se nos antoje larga, larguísima (en las dificultades) y consecuentemente, lenta, sin embargo, de pronto, casi sin darnos cuenta, sin saber como, o, como diría Bousoño, suavemente, dulcemente, se nos ha acabado. Ha llegado a su meta, a la cumbre, a su término.

Comprobamos, muy a vuelapluma, como, tal vez sin que el poeta pueda evitarlo, los ecos de su maestro «resuenan» una y otra vez<sup>3</sup>.

Pero, nos habíamos quedado resaltando un recurso como la superposición temporal, muy efectivo en nuestro autor y cuya significación solía ser la perplejidad del ser humano ante el rápido transcurrir del tiempo y más concretamente de «su» tiempo. Quería comentar que, tal vez

2 Es un poema que adopta, según las ediciones, diversos títulos: «Amada lejanía» o «Amada lejana». Debe ser una inclusión posterior, hecha por el propio autor, para su «auto-antología». *Selección de mis versos*, Madrid, Cátedra, 1980.

3 Carlos Bousoño, cuando se le nombra la probable influencia aleixandrina, interroga vivamente «dónde, dónde está dicha influencia?». A voz de pronto, el interlocutor se queda algo perplejo, pensando si no habrá «visto demasiado». Efectivamente, si no se profundiza, nada tiene que ver un poema en versículos aleixandrinos, más o menos comprensibles, con los más breves de la obra primera bousoniana, o con el difícil estilo final del mismo.

por su faceta de crítico o teórico de la literatura, es en este autor, Bousoño, donde con más nitidez se puede apreciar el recurso, las precisiones temporales son reiteradas y clarísimas, como si quisiera ejemplificar de manera inequívoca<sup>4</sup>. En el poema antes mencionado «Desde todos los puntos...» encontramos todas las tipologías de ese recurso:

El niño va, el muchacho sonrío  
 a alguien, a quien desde aquí no puedo divisar;  
 el hombre sufre, el maduro suspira, el viejo ríe  
 de su propio dolor, de su ansiedad sin comunicación,  
 de su azar, de su ley..  
 El hombre niega, la noche se adelanta  
 desde su pie hacia el mundo,  
 pone la mano en el timón, navega.  
 Y al mismo tiempo, el viejo que aun no soy  
 está ya contemplándome  
 ahora, mientras escribo estas palabras,

El poeta sabe matizar el tiempo muy bien. Las simples yuxtaposiciones: niño, muchacho, hombre maduro, etc., le sirven para evidenciar el paso del tiempo, pero, más efectiva es sin duda la superposición temporal de futuro sobre presente que hallamos: el viejo que «aún» no soy está «ya», ahora, contemplándome. «Ahora mismo» mientras escribo estas palabras. Subyacente el tema metapoético, que es un tema recurrente en las últimas obras bousonianas y que adquiera una complejidad y una calidad muy superiores a los desarrollados con anterioridad. Me estoy refiriendo, por poner un ejemplo, al citado tema, magistralmente tratado en el poema titulado «Decurso de la vida» que encabeza una de sus últimas obras *Las monedas contra la losa*,

¿Desde dónde nos hablas, prorrumpes hacia ti, pronuncias  
 tu relación secreta, tu oscuro  
 relato hacia la sombra? ¿Desde dónde  
 narras tu ser hacia la oscuridad,  
 .....  
 desde qué ruina te haces,  
 reconstruyes el penoso decir, alargas una mano  
 para alcanzar la sílaba penúltima, la resbaladiza noción,  
 y vuelves a empezar otra vez la difícil palabra,  
 casi completa ya, borrosa ya de nuevo.....

A pesar del significativo título (orientador), muchos críticos lo han interpretado como un poema con tema metapoético. Sin embargo el tema es claramente existencial, el «oscuro relato hacia la sombra» es el vivir humano y sus dificultades caminando hacia la muerte, simbolizada en sombra. Y eso a pesar de los casi desesperados intentos clarificadores del pobre Bousoño que encabeza el poema con un lema en forma de diálogo que dice. «Cuando morimos, dejamos una historia, nuestra biografía. ¿Quién ha narrado esa historia, sino nosotros mismos al ir viviéndola...»

Como vemos, tema claramente existencial. Otra cosa es que, nuestro poeta, no sé si consciente del efecto simbólico del poema, utiliza aquí lo que el llama símbolo heterogéneo. Es

4 Parece que el profesor que lleva dentro Bousoño quisiera mostrar, con total nitidez, el recurso y sus posibilidades. No he visto, en ningún poeta, tan claramente expuesto el recurso.

decir, el poeta es susceptible de tener uno o varios simbolizados, «hetero» distintos de lo que se podría desprender de una primera lectura, denotativa, con lo cual, evidentemente, se enriquece. El poema gana en calidad y profundidad. También en dificultad.

En esa línea se encuentra uno de los poemas más sorprendentes y complicados de nuestro poeta: «Investigación de mi adentramiento en la edad», esclarecedoramente subtítulo: (Cuerpo viejo). Es prácticamente imposible analizar el texto sin utilizar lo que el propio Bousoño denomina elementos visionarios<sup>5</sup>. Veamos un ejemplo:

Es el comienzo del no ser, la aurora,  
 que se anticipa y crece, por todos sitios, se afila para entrar en las venas,  
 insinuante, tal vez a causa de su brillantez o quizá  
 se infiltra en ellas por sorpresa, al menor descuido, en forma de alfiler o de  
 aguja, en forma de hilo, ya allí  
 es cuando comienza, poco a poco, a inflarse como un globo; otras veces  
 crece dentro desde el principio, y se hincha al modo del calamar, o del  
 pulpo cuando en el estertor expulsa agua metódica en chorros  
 intermitentes ...

Si prescindimos de los modificadores, el plano A sería: «Es el comienzo del no ser que comienza a inflarse» como «un globo» (E). Intuitivamente, dando rienda suelta a las sensaciones y cadenas de sensaciones asociadas que experimentamos, la emoción objetivada podría ser: peligro de destrucción, expectación negativa, *la misma emoción negativa, la misma estupefacción*, que el autor, al mirarse en el espejo<sup>6</sup> experimenta. Y eso es, precisamente, lo que el poeta quiere: que el lector, «aproximadamente» sienta, experimente algo parecido a lo que él ha sentido al descubrir con tristeza, quizá con dolor, que el rostro que se dibuja en el espejo, su rostro, es el de un viejo. No nos dice: esta mañana, al contemplar mi rostro en el espejo, he visto, con cierto estupor, los estragos que el tiempo ha hecho en él: la piel cae colgante «y como sobrante», y sé que esto no tiene vuelta atrás, que inevitablemente, voy a mi destrucción, que «esto» es el principio del fin, al que paradójicamente aludía en el comienzo del poema: «Es el comienzo del no ser», una contradicción aparente, pues, de alguna manera, esos signos de vejez son el comienzo de una inevitable decadencia.

Podríamos alargarnos más y ver cómo, una y otra vez, el autor se sirve de los elementos visionarios: imágenes, visiones, símbolos, para llegar a la sensibilidad del lector. No llama a la inteligencia, no llama a la mente, sino a los sentidos. Esta sería la *opacidad o plasticidad de la materia poética*, que el teórico literario que es Bousoño destaca como característica esencial del fenómeno visionario.

Vemos cómo la dificultad, lo irracional, son características cada vez más evidentes en las últimas entregas de Carlos Bousoño, pero ese es quizás el mal menor para cualquier estudioso que pretenda disfrutar con una lectura diferente, enriquecedora, como es la que nos depara la poesía de nuestro escritor, cuya obra hemos pretendido acercar con nuestra mejor voluntad, a todos ustedes. Muchas gracias.

5 En cualquiera de sus obras teóricas: *Teoría de la expresión poética, El irracionalismo poético (El símbolo), Superrealismo poético y simbolización*, (todas en Gredos, Colección Biblioteca Románica Hispánica), se puede observar un riguroso y atinado análisis de estos por el llamados, elementos visionarios o simbólicos.

6 Véase el poema titulado «Ante el espejo» de la mencionada obra de Vicente Aleixandre, *Historia del corazón*. Saque el lector sus propias conclusiones, pues parece reiterativa en exceso mi insistencia en mostrar paralelos entre la obra de Aleixandre y la de Bousoño.